

Bajo las armas!

FOR BEATA DE SUTHER.
RAMON SOPENA, EDITOR.
 Provenza, 93 a 97-Barcelona

40

ismo y de ferocidad, replicará el segundo:

«Si, puede ser; pero, ¿y mi razón número 3?»

Mejor sentaría este argumento en boca de los adversarios de la guerra, que intentas, sin embargo, encontrarle explicación racional. En el pensamiento de los partidarios de la guerra, no entra por nada el deseo de evitar a la humanidad futura el peligro de la miseria que sería consecuencia del exceso de población.

Medios más directos que la guerra no faltarían a quien de veras pretendiera remediar los males consiguientes a un extremo exceso de población. El argumento tiene cierta fuerza, porque presenta apariencias de científico y parece dimanar de un sentimiento altamente humanitario. Claro, como que es muy hermoso preocuparse de la suerte de los millares de descendientes nuestros que vendrán al mundo dentro de varios miles de años.

El argumento número 3 ha encontrado eco en no pocos par-

tiarios de la paz. Son tan pocos los que estudian a fondo las ciencias naturales y la economía social, que generalmente se ignora que el equilibrio entre los nacimientos y las defunciones se mantiene por sí mismo. La Naturaleza acrecienta la fecundidad de las especies en razón directa de los peligros que las amenazan. Después de una guerra, aumenta el número de los nacimientos para compensar el exceso de defunciones. También se ha prebado que, después de un período dilatado de paz, disminuye la cifra de los nacimientos. Y, de todas suertes, es lo cierto que los reyes y los gobiernos, cuando declaran la guerra a otros reyes o a otros gobiernos, de lo que menos se preocupan es de la cuestión del exceso de la población.

Así es como se prolongan indefinidamente las discusiones entre los partidarios y los adversarios de la guerra. Los primeros no se dan nunca por vencidos: cuentan con varios reductos, sus razones, mientan siguen un curso circular que les permite correr eternamente sin peligro de ser alcanzados.

En la época a que me refiero, no me daba yo cuenta tan exacta de lo que vengo diciendo como hoy. Fué después cuando me habitué a seguir con método el desarrollo de una idea, merced a mis propias luces y a las ajenas. De las discusiones con mi padre

salía rendida, agotada: hoy comprendo que aquella fatiga, aquel agotamiento, eran debidos a que mi adversario me obligaba a dar vueltas y más vueltas, sin que hallase manera de alcanzarle. Todas nuestras discusiones concluían de la misma manera: mi padre, encogiéndose desdenosamente de hombros, decía:

—No entiendes ni una palabra. Debe confesar que, dado el tema que tratábamos, y siendo los contendientes un general anciano y una mujer joven, el juicio de mi padre tenía, aparentemente al menos, todas las características de ser exacto.

1.º de Enero de 1866.—De nuevo se encontraba reunida la familia en la casa de mi padre, sentada a la mesa y frente al poncho y las pastas tradicionales. Aquella noche, a la par que la salida y entrada de año, celebrábamos los esposales de Conrado y de Lili. En el momento de sonar las doce, nuestro tercio pr mo, cñiendo con su brazo la cintura de Lili, y estampando, con estupefacción mía, un beso en sus labios, le preguntó:

—¿Me querrás en el año ahora comienza?

—Sí, Conrado; te quiero.

Todas las copas se alzaron como por encanto: durante algunos minutos, todo fueron apretones de manos, abrazos, enhorabuenas y bendiciones.

—¡Vivan los novicia!

—¡Babo por la dicha de Conrado y de Lili!

—¡Hijos míos, que Dios bendiga vuestra unión!

—¡Mi enhorabuena más entusiasta y cordial, querido primo!

—¡Sé dichosa, hermana adorada!

Todo el mundo se abandonó a una dulce emoción. Acaso no en todos los corazones estuviera aquella exenta de envidia; porque el amor, el amor santificado por una unión llamada a provocar nuevas vidas, es el más dichoso, el más envidiable de los incidentes de la existencia. En mi la envidia no cabía, puesto que estaba en posesión de toda la ventura que se prometen los novios no casados: más que envidia, experimentaba algo así como temor, temor de que la dicha de Lili no fuese tan completa como la mía. Conrado era muy bueno, sí; pero Federico... en el mundo no había más que un Federico.

Puso mi padre fin al tumulto de congratulaciones golpeando su copa con la sortija que llevaba en su dedo meñique, y levantándose a continuación:

—Queridos hijos, queridos amigos!—comenzó diciendo.—Bien principia para mí el año de 1866, puesto que su primer minuto me trae la realización de uno de mis deseos más fervientes: ver a Conrado convertido en yerno. Abriguemos la halagüeña esperanza de que, durante el curso del año que se inaugura, Rosa encontrará su media naranja y la cigüeña no olvidará hacer una visita a Federico y Marta. ¡Ojalá este año, querido doctor, lleva a su clínica innumerales enfermos, voto que se da de puñadas con los de salud que por millones se prodigarán hoy. Y tú, mi querida Marie, ¡ojá!... mi voto es condicional, quiero decir, suponiendo que no pugne con tus ideas de predestinación, —deseo que te toque el premio gordo de la lotería, que ganes indulgencia plenaria, y que consigas cuanto puedas agradarte. A ti, Oite, te deseo éxito brillante en los exámenes, y todas las virtudes militares, y todo caudal de ciencia necesario para que seas un día orgullo del ejército y de tu anciano padre. En cuanto a mí, que también creo tener derecho a desearme algo, como nada anhelo tanto como la gloria y la prosperidad de Austria, hego votos por que, dentro del año que ahora empieza, vniava a nuestros brazos nuestra querida Lombardi, o entre de nuevo a formar parte de nuest o dominio la Silesia. ¡Quién sabe, quién puede saber lo que por esa parte nos

está reservado? No es imposible, ni mucho menos, que arranquemos de las manos de esos arrogantes prusianos esa provincia que en otro tiempo arrebataron ellos a Mari Teresa.

Recuerdo que el final del discurso produjo en casi todos nosotros los efectos de un chorro de agua fría. ¿La Silesia? ¿La Lombardi? No veíamos la necesidad de que fueran incorporadas a los dominios de Austria. El voto de mi padre implicaba una guerra con todo su séquito de agonías, de horrores, perspectiva que se armonizaba muy mal con los esposales de Conrado y de Lili, sobre los cuales éstos querían fundar su hogar.

Me permití responder:

—Reflexion, padre mío, que también es hoy principio de año para los italianos y los prusianos: no les deseemos mal. Haga el Cielo lo que todos los hombres, durante este año de 1866, lo mismo que durante los sucesivos, progresen en su unión y concordia a fin de que vivan más felices.

Mi padre se encogió de hombros.

—¡Siempre las mismas quimeras!—exclamó.

Federico vino en mi auxilio.

—Nada tiene de quimérico el voto expresado por Marta—dijo.—Su realización, por el contrario, nos está asegurada, asegurada ma-

temáticamente. Desde los comienzos del mundo, la humanidad progresa en el sentido de la concordia y de la dicha, progresa con tal lentitud, que nos basta un período de pocos años para poder apreciar el efecto.

—Si creas en ese progreso, como me explicas tus diatribas contentes contra la maldad, la locura, la ferocidad, el retorno de la humanidad a la barbarie?

Federico sacó del bolsillo un lápiz y una hoja de papel y trazó una línea en espiral.

—Esta línea representa la marcha de la civilización—contestó. A pesar de las curvas que describe, siguiendo un movimiento trógrado, la línea avanza, avanza siempre. Puede ocurrir que año que comienza correspond una de estas curvas retrógradas sobre todo, si nos depara una mala guerra, como es de temer. Guerras, tanto si se consideran desde el punto de vista moral, como desde el intelectual, imprimen a la civilización un movimiento decidido hacia atrás.

—Mi querido yerno, hablas lenguaje que sienta bastante en boca de un militar.

—Hablo de un modo general mi querido suegro, y lo aseguro es saber si el principio es justo o falso. Poco importa que sea bien o mal en boca de un milita-